

LUIS SÁNCHEZ LATORRE

## TRES EJERCICIOS ESPIRITUALES

---

### EN LA PLAYA

AUNQUE ABORREZCO el adjetivo arrabalero, no hallo otro de más precisión para caracterizar el rebajado espíritu de Pepe El Tranquilo. Bravucón de chincheles nocturnos en la Pila del Ganso, inevitable sujeto de esquina y pendencia, Pepe El Tranquilo —¡oh, paradoja!— era también un observador prolijo de las estrellas. ¡Curiosa mezcla de tahur y poeta romántico! Pero no pierdo el tino al describir tales aptitudes de Pepe El Tranquilo. Siempre pensaré que su lirismo, su don de absurda astrología poética, no era sino pretexto que enmascaraba su presencia de irrevocable fascineroso.

De un bodegón de la Pila del Ganso vi salir por última vez al “poeta” Pepe El Tranquilo. No. No había alcohol en sus pupilas. Al parecer, luego de colocar su “apuesta” sobre la mesa, algo lo requirió con desusada urgencia en algún otro punto de la ciudad. O lejos de la ciudad. Dos hombres de indumentaria gris y peligrosa lo esperaban cerca de un automóvil. Pepe El Tranquilo ni los miró. Sencillamente buscó asiento dentro del coche. No dijo nada. No expresó esa voluntad postrera que siempre instalan en boca de sus personajes los novelistas.

De haber seguido la huella de aquel automóvil oscuro, el trayecto a mi vista habría sido el siguiente: Santiago-Maipo-Mallico-Talagante-Melipilla-Cartagena. Pero, ¡cuidado!, en Melipilla hay una detención no registrada oficialmente en el itinerario. Rechinan las ruedas del automóvil. “Extraño —dice

el inalterable Pepe—, automóvil es una palabra con clave. Si elimino el “mo”, queda un “auto-vil”. Y éste es un auto vil”.

Ya lo anoté. Los personajes del coche se encuentran en Melipilla. ¿Quién surge a la distancia? ¿Quién es ese individuo que camina con estilo tan minucioso? Diríase un introspectivo aprendiz del caminar.

—¡Es el Sapo Vicente!

El Sapo Vicente saluda con un respingo de nariz y cierra tras sí la puerta del automóvil. Pepe El Tranquilo no oculta una sonrisa. Extrae su “Paraíso Perdido” (Milton) de bolsillo, toma un lápiz y prosigue su labor crítica.

Cartagena. Cuatro hombres descienden del coche oscuro en Playa Chica. Los encabeza Pepe El Tranquilo. Una rara decisión muestran los rostros. El Sapo Vicente exhibe una malignidad organizada. ¿Qué va a ocurrir? Los cuatro hombres se confunden en medio de la multitud que come, que canta, que ríe, que se lanza trabajosamente al mar. Reaparecen los cuatro foragidos de la Pila del Ganso. Pepe El Tranquilo adopta un gesto solemne; asume actitud napoleónica; levanta la cabeza, alza los ojos; coloca un brazo doblado a la altura del pecho. El Sapo Vicente busca otro ángulo de primera importancia. Los dos hombres de gris, guardaespaldas, sin duda, clavan una rodilla en la arena para permitir que Pepe El Tranquilo aparezca más nítido. El fotógrafo de playa —máquina de cajón, trípode, funda negra— tapa su cráneo con el trapo de luto y parece introducirse entero en la máquina.

—¡Listo! ¡Ya!

La fotografía “de familia” ha sido captada.

. . . . .

A Pepe El Tranquilo no lo volví a ver sino en fotografía.

#### EL FILATELISTA

Al revés de ciertos films, este relato no empieza con la muerte de Saúl Canales, el protagonista. Una lámpara, una lupa, un ojo sobre la lupa y una ventana que se proyecta como pu-

pila hacia la noche, introducen en el ámbito del drama. Saúl Canales, calvo ya, amarillo, seco, permanece inclinado sobre su "mesa de clasificaciones".

—Holanda, tres. Holanda, tres. Holanda, tres. Aquí Africa del Sur, ahora. Africa del Sur, una...

De súbito, un nunca previsto resplandor colorea la escena. Saúl Canales piensa en la calle Chiloé. La calle Chiloé está ahí, junto a la ventana. Saúl Canales no se altera, no apresura el paso, no ríe, no tiembla ni jadea. Con lentitud clasificada toma de un anaquel un libro:

—“Los precursores del golpe callejero en Chile”... Mmmh... capítulo quinto. Mmmh... capítulo quinto, si no me equivoco. “De-los-golpes-en-las-ventanas”...

Pero, ¿qué sucede ahí, en el alféizar? Una sombra, un grito, un vocablo. ¿A quién pertenecen? ¿Quién los lleva de modo tan estridente? Algo irrita los nervios de Saúl Canales. Ese grito... ese grito no está bien. Ese grito no es americano. ¿Por qué a horas intempestivas alguien se atreve a lanzar un grito no americano? Saúl Canales se halla realmente fastidiado. Por primera vez tiemblan sus manos. A lo que parece, estudia las posibilidades de salir de escena. El filatelista se retira. Toma su pajizo de Ecuador y va en busca de la noche.

He aquí los pormenores medianamente cinematográficos de lo ocurrido en la noche del 10 de febrero de 1949 al filatelista Saúl Canales. Se entiende, no una noche completa. La interrumpe Saúl Canales con su inusitado desaparecimiento.

Los diarios no recogen la hora exacta del extraño acto, organizado, presumiblemente, por el propio filatelista. Hay miles de sugerencias y cientos de pesquisas en el aire. La calle es rastreada con grave interés por los sabuesos. Alguien propone una palabra: Dakar. Todas las investigaciones tienden una línea entre Santiago y Dakar. Se rompen viejos pruritos geográficos.

De pronto, una luz contra el misterio. Dakar no puede ser. Saúl Canales no habría ido jamás a Dakar. Su americanismo le impedía tal clase de expansiones.

Y al cabo de treinta días, una nueva luz. Esta vez Saúl Ca-

nales en persona. Quítase con parsimonia su sombrero pajizo de Ecuador y toma asiento junto a la mesa de clasificaciones. La lupa, el ojo, la ventana, la lámpara.

—Holanda, tres. Holanda, tres. Aquí Africa del Sur, ahora. Una...

Pero, ¿es verdaderamente Saúl Canales el allí sentado? Su conducta despierta sospechas. No clasifica los sellos con el rigor del siempre maestro Saúl Canales. En el sector africano ha puesto sellos de Chile, de Argentina, de Perú, de Brasil, de Colombia. En el sector de América del Sur ha pegado sellos de Mónaco, de Birmania, de China... ¿Qué pasa? ¿Estamos ante un Saúl Canales apócrifo? ¿O es Saúl, que se ha enloquecido, que ha olvidado hasta su brutal rigor en las clasificaciones? He aquí el misterio que nadie logra descifrar desde la noche ambigua del 10 de febrero de 1949.

#### BETO MORALES

No sé quién podrá escribir un día la historia de Beto Morales. Desconozco los rasgos de ese alguien inmemorial, pero estoy cierto de que habrá de ser personaje de altura. No en vano Beto Morales fue piedra de montaña, jinete de ademanes exactos, maestro de la hombría y la amistad. ¿Que hubo de su piel a su alma una doble existencia...? Desventurados los que infieran pavores siniestros de tal formación. Beto Morales no vivió en cuentos ni en leyendas que se tejen al conjuro de un mate y de una oral sombra nocturna. Beto Morales vivió en la vida, y ahí estuvo su hazaña mayor.

Imagino, veo correr y saltar los pensamientos de 99 contradictores. "Beto Morales, desletrado... Beto Morales, cerril y peligroso... Beto Morales, aventurero implacable... Beto Morales, Dick Turpin de la Cordillera...".

Para los que creen que la reciedumbre es producto de grafómanos o empapeladores, Beto Morales careció de esa reciedumbre que dan los papeles o la grafomanía. La "guarda cuidadosa" no lo sorprendió nunca a la intemperie. Y las veces que raudamente brotaron las balas, Beto Morales no tiró al cuerpo, pero tampoco permitió que capturaran el suyo.

El Querubín... No olvidaré a ese doctrinario de aldea, muy *tomadito* y muy redondito, que subió cierta mañana a parlamentar con Beto Morales.

La voz de El Querubín parecía la voz de una muñeca bebida:

—¡Por favor, Beto, muestre conciencia en su situación! Piense en la humanidad; piense que por alguna causa tuvimos un Descartes y un Kant... El mundo es también una representación de la mente humana. El idealismo está victorioso...

Jamás terminaré de reir en recordación de la escena.

—¡Baje más mejor, patrón. No gaste vocabulario en tonterías!

La voz de Beto Morales era, entonces, pura montaña.

Las conversaciones se derrumbaron junto con El Querubín.

Cinco años más tarde, El Querubín, ya con un nombre y un apellido, disertaba en Londres acerca de "Beto Morales, terrible montañero chileno".

¡Las vueltas de la vida! El Querubín hablando en Londres de su fuerza de persuasión, de su memorable jornada a sólo dos pasos de Beto Morales. "Y lo convencí...".

¿En el plan de abatir la fortaleza, la rotunda terquedad, de Beto Morales? Nunca se oyó nada semejante. Muy redondito y muy *tomadito*, el doctrinario de aldea, con "El Discurso del Método" en su mano derecha, recalcaba finalmente que Beto Morales había caído a sus pies. Esto en Londres. Luego en París. En Amsterdam, primera falla. No pudo El Querubín formular sus infundios. ¿Alguien lo descubriría? No lo sé a ciencia cierta, pero me asiste la convicción de que sólo con mirar su silueta los crédulos se tornaban incrédulos.

No volvió a disertar El Querubín y la historia de Beto Morales continúa inescrita.